

tampoco encuentran respuesta adecuada en estos tiempos de «esquemas» ni en los caprichos, absolutamente incontrolables—e inatisbables—del azar puro.

Todo parece indicar que el nombre de Abellio es de los que no hay que olvidar.

«LES RÉGATES DE SAN FRANCISCO», POR QUARANTOTTI GAMLINI
Trad. de Michel Arnaud, ed. Gallimard, París

El recuerdo del neo realismo en cine—que tan admirablemente fructificó en Italia después de la guerra—nos induce a destacar una novela italiana que también ha tenido notorio éxito en su traducción francesa: «Las regatas de San Francisco», de Gamlini, autor ya bien destacado en su país entre los varios de la citada tendencia que han producido numerosas obras de interés en la literatura y el cine.

Siguiendo un tema que tanto y tan justamente ha atraído la atención de estos autores, Gamlini describe la áspera vida de la juventud italiana popular, apasionada por el cultivo de los deportes y de la belleza del cuerpo humano, tomando como tema básico la primera educación sentimental de un muchacho cuyo padre salió un día para participar en unas famosas regatas americanas, sin volver nunca, y cuya madre atiende el pontón que sirve de guardarropa o vestuario a los amantes de los deportes acuáticos. La atmósfera es cruda, sórdida y sensual, como la vida en el ambiente y el tiempo en que los personajes se sitúan. Y el inevitable drama, que, por lo mismo, no resuelve nada, lleva al lector a considerar que el libro tampoco aporta absolutamente nada al tremendo problema de la educación sentimental de la juventud de tales medios. Pero nadie puede negar, en cambio, que sea un doloroso testimonio de la existencia en un ambiente dado, poco conocido, además, por quienes no hayan vivido en él o en otro de semejante naturaleza.

El contraste entre el tipo de madre presentado aquí y el de

la novela de Longhi a que acabamos de referirnos, constituye una magnífica prueba de la inconmensurable gama de los valores y los sentimientos humanos, forjados por ingredientes tan dispares como pueden serlo las más sublimadas emanaciones del espíritu y los más elementales impulsos del sexo.

UNA OBRA PÓSTUMA DE VIRGINIA WOOLF

Leonard Woolf, esposo de Virginia—fallecida en 1941—ha publicado ahora, en su homenaje, una colección de ensayos—«*The Captain's Death Bed*» (Hogart Press)—que permanecían inéditos en su mayoría. Aparte de su notable valor intrínseco, tienen interés por suministrar antecedentes sobre la educación de la brillante escritora, amorosamente dirigida por su padre, Leslie Stephen, autor de notables obras científicas e históricas y alpinista renombrado. En uno de los ensayos póstumos de Virginia se habla de él y de su actitud ante la literatura, que se resume así: «leer lo que a uno le gusta y porque a uno le gusta, sin aparentar admiración por lo que no se admira... Escribir con el menor número posible de palabras y con la mayor claridad posible, exactamente lo que uno quiere decir...». Y la escritora añade: «esa fué su única lección en el arte de escribir. Todo el resto ha de añadirlo uno por sí mismo».

El notable crítico Ward, al juzgar en su conjunto la obra de Virginia Woolf, resalta la influencia que en ella ejerció el ambiente familiar y tales normas, atribuyéndole no escasa importancia en la elaboración de aquella «prosa exquisitamente ordenada que da a las novelas de Virginia Woolf su nota característica entre la producción literaria contemporánea. No hay en nuestros tiempos—agrega—ninguna otra prosa que haya llegado tan cerca de la poesía».

En este volumen se incluye también el famoso ensayo «*Mr. Bennett and Mrs. Brown*» en que Virginia Woolf discurrió en torno a la manera más adecuada de crear personajes novelescos.